

De gatos y piratas



Conchi Castellano Nogales



Autora del cuento: Conchi Castellano Nogales

Maquetación: Alberto Martín Acosta

Ilustraciones: Cristina Medina Díaz-Llanos y Daniel Medina Díaz-Llanos

Este relato fue seleccionado en el concurso de literatura infantil '¡La diversidad cuenta!', convocado por el Colectivo Gamá en el año 2020.

Tilellit tiene diez años y vive en una casa amarilla rodeada de palmeras. Si subes al risco y te asomas de puntillas al barranco, la puedes ver como una mancha dorada envuelta en verde.

Sus abuelos la pusieron allí piedra a piedra hace muchos años, cuando Tilellit aún no había nacido. En lo alto tiene una buhardilla donde se disfraza de pirata y de duende, de lobo, de sirena, de hombre del agua —con una caja de botellas al hombro— y de momia egipcia, con papel higiénico alrededor de la cabeza. “¡Uhhhh!”, susurra para asustar a mamá Lupe en su cuarto, “¡uuhhhhhh!”. Mamá Lupe siempre pega un grito, pero enseguida agarra la escoba del jardín, se pinta una verruga en la nariz y empiezan a perseguirse por toda la casa.

Por las tardes, cuando el sol cubre el suelo de madera, Tilellit abre la ventana de su alcoba y entran muchos gatos. Se tira al piso cada vez que los ve y alarga una mano para acariciarles la cabeza. Los más pequeños a veces se quedan dormidos sobre sus piernas. Como le da pena despertarlos, abre la mochila del cole muy despacito y hace los deberes con el ronroneo de fondo. Vienen tantos a visitarla, que un día mamá Tayri le trajo una gaveta vieja,

pequeña como una caja de zapatos, le puso unos paños dentro y ahí se empezaron a acurrucar.

Lo que más le gusta a Tilellit es salir a jugar al barranco por las mañanas. Los gatos campestres duermen debajo de un techito que hay detrás de la casa. Así que desayuna muy rápido y sale fuera sin zapatos y con el pelo todo enmarañado, que cuando los animalitos levantan la vista se asustan un poco y engrifan la cola. Entonces Tilellit les susurra “psss, psss” y ellos ya piensan “¡ah, bueno, es Tile!”. Corre y corre por el fondo del barranco, sorteando las tabaibas, y siguen sus pasos decenas de gatos, cientos de gatos.

—¡Tile, a comer! —llama mamá Lupe—. ¡Trae unos higos del árbol!

Las tripas le rugen. Tilellit se acerca a la higuera, toma algunos de sus frutos y entra en la cocina de casa. Mamá Tayri y mamá Lupe ya están sentadas a la mesa, riéndose de algún chiste entre ambas.

Su madre se ríe como una botella de agua con gas. Desenroscas la tapa y vas echando el agua en un vaso poco a poco, pero de pronto se inclina demasiado y empieza a salir a borbotones. Así se ríe mamá Tayri. Lo gracioso es que se le pega a todo el mundo, da igual quién la escuche. Se contagia y

ya no hay vuelta atrás, acaba dando palmas y todo. Una vez empezó a reírse en la guagua y acabó desternillado hasta el chófer. Se parece al juego del teléfono: alguien se inventa una frase y se la dice al oído a la persona que tiene al lado muy, muy bajito. Cuando llega al último de la fila, igual no tiene nada que ver con el principio, pero todo el mundo se parte de risa. “Tengo cuatro entradas para el cine” se puede transformar en “tengo caracoles en los calcetines”.

Tilellit deja los higos en el frutero, se lava las manitas en la pila y se sienta a la mesa a comer.



Un día Tilellit subió a lo alto de la ladera y cruzó al otro lado del barranco. Allí se encontró una casa que no recordaba haber visto antes, pegada al camino hacia el pueblo. Era de color azul intenso y olía a recién pintada. La verja era de metal y no tenía ni flores, ni sillas en el jardín, ni nada; solo unas losas de cemento que conducían a la puerta.

Una de las ventanas bajas estaba abierta, y a través de ella vio a un niño sentado en el suelo, solo, jugando con dos machangos de colores. Hacía como que mantenían una conversación, pero tenía una expresión triste en el rostro.



-Pues nada, Pepito, aquí estoy en mi nuevo reino —sacudía a una muñeca de largos cabellos en su manita derecha—. Y ¿qué tal la mudanza, Carmensa? —contestaba meneando a un superhéroe en la izquierda.

Tilellit no pudo resistirse y acercó el hocico al alféizar de la ventana.

-¡Hola!

El chiquillo se asustó al ver la carita morena de Tile con sus pelos todos despelusados. Como un gatito, se echó hacia atrás con los ojos muy abiertos.

-Hola —contestó rápidamente.

-Yo soy Tilellit, ¿y tú?

-Carmelo. ¿Qué significa Tilellit? —preguntó muy extrañado.

Ese día comenzó su amistad y estuvieron jugando hasta que se puso el sol.

Cuando ya anochecía, Tile volvió a su casa. Mamá Lupe y mamá Tayri esperaban para cenar. La cocina olía a papas fritas y tenía mucha hambre porque no había merendado. Sus madres estaban preocupadas porque llevaba fuera toda la tarde, pero Tile les habló de Carmelo y de su casa azul.



Los padres de Carmelo vestían con traje de chaqueta y siempre estaban hablando por teléfono. El pobre se aburría bastante porque nadie jugaba con él, aunque en su habitación tenía casas de muñecas, puzzles, un columpio de caballito y hasta un circuito de coches. ¿Nadie? ¡Bueno! Su hermanita, que acababa de aprender a caminar, intentaba agarrar la muñeca, pero todo lo que tocaba se lo metía en la boca y a Carmelo le daba pena ver los pelos de la barbie llenos de babas.

El nuevo vecino nunca había jugado bien con nadie. Con “bien”, quiero decir bien de verdad: inventando cuentos, corriendo por toda la casa o manchándose la ropa. Tile colocaba los muñecos en fila y organizaba teatrillos poniendo distintas voces. Mientras, Carmelo miraba asombrado. “A ver, Carmelo, tienes que imaginar una historia para este gorila”. Y, obediente, Carmelo empezaba a hablar y a hablar, tanto que no sabía ni lo que decía, mientras hacía que el peluche del gorila trepara su cama, las cortinas y hasta la cara de Tilellit. Aquella historieta no tenía ni pies ni cabeza, pero Tile se partía de risa como mamá Tayri, efecto agua con gas, y a Carmelo se le contagiaba enseguida.

Otra cosa que tenía el niño es que se apuntaba a todo lo que propusiera Tilellit. “¿Vamos

a coger tunos al barranco?”. “Vamos”. “¿Acariciamos a los gatos que acaban de nacer?”. “Venga”. “¿Nos disfrazamos de piratas y construimos un barco entre las cañas?”.

-Vale, pero hoy mis padres me dijeron que no volviera tan tarde.

-¿Tus padres?

-Bueno, fue más bien mi padre, pero mi madre no dijo nada.

-¡Anda! Bueno, yo luego te presento a mis madres —respondió Tilellit.

Aquella tarde subieron a la buhardilla y Tile le prestó a Carmelo su mejor sombrero pirata, le pintó un bigote con la cera negra de los carnavales pasados y le entregó una espada puntiaguda. Una vez preparado su amigo, lo miró fijamente con la cabeza ladeada, murmuró “te falta un detalle” y corrió escaleras abajo. Al poco tiempo subió con un gatito canelo y se lo puso a su amigo en el hombro. “¡Ya tienes a Pipo, es como un loro pirata!”.

Mamá Lupe, curiosa por ver qué estaban trasteando en lo alto de la casa, apareció por la puerta y vio a Carmelo con el gatito arañándole la oreja y a Tilellit con una barba pintada, atándose un pañuelo rojo encima del enmarañado cabello.

-¡Ajajá! Así que ustedes dos van en busca de la isla misteriosa —dijo con una gran sonrisa.



-¿Qué isla misteriosa? —respondieron de golpe Carmelo y Tile.

-¿Acaso no la conocen? La isla misteriosa que aparece y desaparece... Hay quienes la han visto y hay quienes piensan que es una simple leyenda. Lo cierto es que cuando surge del océano e intentas acercarte a ella, desaparece como la espuma de una ola. Se dice que navega a la deriva y que en ella han escondido sus tesoros los piratas más temidos de los siete mares. ¿Serán capaces de encontrarla?

-¡Claro que sí! —asintió feroz Carmelo mientras levantaba la espada. El gatito de su hombro se quejó con un maullido.

A Tilellit le brillaba en los ojos el ansia de aventuras.

-¿Cómo podremos encontrarla, mamá Lupe? —preguntó con entusiasmo.

-Lo primero es hacernos con un mapa.

-¡Sí! ¡Yo tengo uno!

Tile abrió el baúl de los papeles de mamá Tayri y sacó un viejo mapa de la isla de Gran Canaria. Consiguieron desplegarlo sobre el suelo agarrándolo entre las seis manos. Mamá Lupe sacó un lápiz del bolsillo y dibujó un círculo cerquita del centro de la isla.

-Ahora mismo estamos aquí —con un dedo, recorrió todo el borde de la costa— y nos rodea

completamente el océano Atlántico. En algún punto del horizonte quizá se esconda la isla. Tienen que buscar el sol. La isla misteriosa siempre se oculta con su luz.

-¿Tú la has visto? —preguntó Tilellit.

-¡Por supuesto que la he visto! Pero no es fácil... En cuanto fui a coger unos prismáticos, desapareció.

-Quizá si vamos en grupo, no se pueda esconder —pensó Carmelo.

-Mamá Tayri y yo tenemos que arreglar los geranios de la entrada, pero ¿por qué no van ustedes?

No necesitaron mucho tiempo para coger unas botellas de agua, los prismáticos de mamá Lupe a modo de catalejo pirata y unos walkie-talkie que le habían traído los reyes hacía unos años. Salieron entonces en dirección a los riscos más altos.



Tilellit caminaba delante, con una bandera de calavera anudada al cuello y el pañuelo rojo en la cabeza. Detrás, Carmelo con su sombrero, la espada en alto y el gatito Pipo en el hombro. Las vecinas del barranco les vieron pasar desde otras casas y les dijeron adiós con la mano.

A medida que subían el risco, decenas de gatos iban uniéndose a su marcha. Cuando pararon a comerse unos higos silvestres, Carmelo quedó sorprendido por una larga fila de todos los colores: pardos, rubios, moteados, blanquinegros... A Tilellit se le iluminó la cara al verlos.

-¡Carmelo, ya tenemos tripulación! —gritó con los ojos brillantes.

-¿Tú qué dices, Pipo? —preguntó al gatito de su hombro—. Tile y yo somos capitanes. ¿Quieres ser tú el jefe de la misión 'Isla misteriosa'?

Pipo maulló y movió la cola con entusiasmo. Saltó de la cabeza de Carmelo hasta el suelo y temieron que se hubiera hecho daño siendo tan pequeñito. Pero Pipo sacudió los bigotes y comenzó a caminar montaña arriba. La larga compañía de gatos se apresuró detrás de él.

Cuando estaban a punto de alcanzar el punto más alto, escucharon un fuerte estruendo que resonó por todo el barranco. Los gatos se asustaron y corrieron a ocultarse entre las tabaibas y en los primeros escondrijos que vieron. Tilellit tiró de la camiseta de Carmelo y se agacharon detrás de unas rocas.

Se quedaron en silencio unos segundos hasta que oyeron voces y pisadas acercándose.

-Son los piratas... —susurró Tile—. ¡Sabemos que buscamos la isla misteriosa!



En ese momento, tres piratas de barbas pobladas pasaron muy cerca de su escondite. Iban armados con escopetas y uno de ellos cargaba un enorme saco de tela al hombro. Carmelo aguantó la respiración y se puso muy colorado, mientras Tile le apretaba los dedos. Los piratas se pusieron a husmear el suelo al otro lado de las rocas. Por suerte, siguieron bajando la ladera hasta perderse de vista.

El pequeño Pipo temblaba entre los pies de Carmelo. Al verlo tan asustado, el niño lo subió a su regazo para que se tranquilizara. Cuando se le pasó el miedo, el jefe de la misión 'Isla misteriosa' lanzó un agudo maullido y todos los gatos salieron de sus escondrijos. En apenas unos segundos, la tripulación gatuna rodeó a Tilellit y Carmelo e hizo que recuperaran el valor.

-¡Yujuuuuuuuuuuuu! ¡Se han ido! ¡Vamos a encontrar la isla, Tile!

-Cuando se lo cuente a mis mamás, van a flipar.

-Mis padres sí que van a flipar —respondió Carmelo. Y en el fondo estaba un poco nervioso porque a sus padres no les gustaba que se fuera de aventuras muy lejos de casa.

Si miraban hacia abajo, veían la casa amarilla de Tilellit, una mancha dorada envuelta en verde. Y un poco más lejos, junto a la carretera que llevaba

al pueblo, la casa azul de Carmelo con su caminito de cemento. Si achicaba los ojos, casi podía ver a su hermanita sentada en el patio con la barbie en la mano.

Continuaron subiendo a lo alto del risco en una fila encabezada por Pipo. Cuando alcanzaron la cima, resoplando y con los disfraces llenos de tierra, soltaron un gran “ioooooooooohhhh!”. El paisaje se abría en un enorme valle lleno de palmeras, plataneras y casitas de todos los colores. Y al fondo, el océano Atlántico muy, muy azul. Aunque sobre sus cabezas el cielo estaba completamente despejado, a lo lejos las nubes envolvían parte del horizonte y la luz del sol se colaba en rayitos aislados que caían sobre la tierra.

Tilellit extendió la bandera pirata sobre el suelo y sacó los prismáticos de la mochila. Pipo parecía muy contento de haber conducido la expedición, así que se acercó a Carmelo para que le rascara detrás de las orejas un poco. Los demás gatos se tumbaron a la sombra.

-¡Ojalá encontremos la isla y no desaparezca!
—exclamó Tile.

-Prueba tú primero —propuso Carmelo.

Tilellit miró el horizonte a través del largo cristal. Borrosas, las líneas sobre el mar se confundían entre la luz, la calima y las nubes. No podía distinguir nada. Triste, deshizo el nudo de su pañuelo de pirata y se soltó el pelo.

-No se ve nada —lamentó—. ¿Quieres tú el catalejo?

Carmelo iba a cogerlo cuando volvieron a escuchar las pisadas de antes.

-¡Piratas! —gritaron al unísono.

Esta vez no tenían sitio para esconderse. Los gatos se pusieron todos de pie y levantaron mucho la cola. Cuando aparecieron los tres hombres barbudos con sus escopetas, Carmelo levantó la espada en un arranque de valentía.

-¡AHHH! —chilló con todas sus fuerzas.

Los piratas se quedaron como unos pasmarotes, mirando a aquel niño con bigote pintarrajeado y a Tile, que también se había puesto en pie, desafiante.

En ese momento, la enorme manada de gatos lanzó un largo maullido al unísono para defender a su tripulación. Y todos a la vez, icomenzaron a perseguir a los piratas! Los tres hombretones se asustaron, tiraron el saco al suelo y salieron huyendo despavoridos.

Cuando el gran fardo cayó a la tierra, se abrió y de él salió una familia de conejos. Al verse en libertad, empezaron a dar saltos de alegría y bajaron corriendo hacia el barranco.

-¡Lo logramos! —clamó triunfante Tilellit—
¡Vencimos a los piratas y liberamos a sus prisioneros!

Empezó a bailar pegando fuertes patadas al

suelo mientras ondeaba al viento la blanca calavera. Carmelo arrancó a dar palmas, mientras el pequeño Pipo saltaba entre sus pies.

En ese momento se abrieron las nubes y el sol cubrió de luz todo el valle. A lo lejos vieron aparecer una isla verde sobre el mar. Las nubes, teñidas del color de la tarde, le daban un tono casi transparente. Tilellit y Carmelo la contemplaron en silencio y sonrieron entre sí.

A su alrededor, el jefe de la misión 'Isla misteriosa' y los demás gatos de la tripulación se sentaron para observarla en compañía y evitar que desapareciera, como había dicho Carmelo delante de mamá Lupe. Intentaron no apartar la mirada, temiendo que se esfumara con el viento. El resplandor verdoso apenas duró unos minutos, hasta que guiñaron los ojos para protegerse de la fuerte luz. Al volver a abrirlos, la isla misteriosa se había hundido bajo el mar.





Tilellit, Carmelo y la tripulación de gatos tienen una misión que cumplir. Su camino les lleva a lo más alto del barranco, entre palmeras, dragos y tabaibas. ¡Ponte el sombrero pirata y acompáñales en esta aventura!



<https://www.colectivogama.com/>



**Gobierno
de Canarias**

Programa de Interés social financiado con cargo al IRPF